

LOPE DE VEGA CARPIO

SEGÚN SU NUEVA BIOGRAFÍA



LOPE DE VEGA CARPIO

SEGÚN SU NUEVA BIOGRAFÍA (1)

EL año 1876, un bibliófilo meritísimo, disfrazando su nombre popular é ilustre bajo transparente anagrama, dió á luz el Epistolario titulado *Últimos amores de Lope de Vega*, cuya publicación levantó gran polvareda, ganando á su editor fama de *enfant terrible*, indiscreto pregonero de una historia sentenciada á morir envuelta en polvo de biblioteca oficial, después de haber dormido siglos en la de una

(1) Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española. Tomo I. Nueva biografía, por D. Cayetano Alberto de la Barrera. Madrid, 1890.

dinastía de magnates, los duques de Sessa.

En los curiosos y atinados preliminares al *Epistolario* susodicho, lamentaba *Don José Ibero* que permaneciese archivada en la Biblioteca Nacional la *Crónica biográfica y bibliográfica* de Lope, obra del diligente é infatigable D. Cayetano Alberto de la Barrera, que había sido premiada en concurso anual á condición de *suprimir todo el episodio* de los últimos amores,—episodio de que se hiciera cargo el cronista al manejar el traslado de la colección de Durán, hecho por el señor Rosell.—¿Quién sabe si á las indiscreciones y pinchazos del erudito editor y comentador del *Epistolario* debemos el que ya exista impresa bajo el nombre de *Nueva biografía la Crónica*, no mutilada ni manca, sino entera, con el prohibido y pecaminoso episodio?

Creo innecesario decir que el peso levísimo de mi voto lo echo en el platillo de *Don José Ibero*. Sóbrale razón en cuanto alega y apoya con doctos argumen-

tos y maduros juicios. La clandestinidad y el misterio, sobre hacer más negras y graves las suposiciones de la malicia, van, en casos como éste, unidas á un conato de hipócrita falsificación de la historia, con el cual no puede transigir nadie que aspire á conocer una época literaria en espíritu y verdad. Consideraciones del género de las que presidieron á la ocultación de las cartas de Lope, son muy buenas para guardadas, mientras el quebrantarlas puede comprometer la paz, la honra y acaso la ventura de una familia; pero á la vuelta de casi tres siglos; cuando ni aun quedan—según de La Barrera aprendemos,—descendientes conocidos del apellido glorioso de Vega Carpio, ¿qué fin pueden llevar semejantes disimulos, como no sea el de una edificación pueril y una ejemplaridad raquítica, digna de las planas de escritura moral para uso de los párvulos?

Lope reinó sobre su época; fué llevado en palmas, cubierto de flores, mimado de los Grandes, los Reyes y los Papas, y

el vulgo le ensalzó hasta las nubes con todo el enfatismo hiperbólico propio de la nación que más á menudo ha calificado de *divinos* á poetas, pintores y médicos. Es dato firme, sin embargo, que el siglo de Lope conocía bien los extravíos del *monstruo de la naturaleza*, hoy tan celados, no sé si mirando á la buena fama del mismo Lope, ó al prurito de mantener la ilusión óptica de unos *tiempos mejores y más morales en conjunto que los presentes*, tiempos que no han existido nunca sino en imaginaciones reaccionarias y pesimistas. Puesta yo á decir mi opinión sobre el caso, sostendría que los siglos XVI y XVII, productores de ópima cosecha de Santos gloriosísimos, no necesitaban recurrir á imponer la santidad ó su máscara al hombre cuya misión providencial era darnos, no ejemplo de virtud, sino un Teatro nacional.

No considero á Lope el más grande entre sus contemporáneos, ni fuera ni aun dentro de España; y con todo, juzgo natural que España le colocase, mientras

vivió, en la cima del Parnaso, un escalón más arriba que Cervantes. El *Fénix* encarnaba ajustadamente su época y era símbolo perfecto de aquella sociedad que le aplaudía con frenesí y que para encarecer el mérito y estimación de un objeto hermoso—tela, joya ó dama—no sabía decir sino que era *de Lope*. En este carácter *representativo* del amante de *Amarilis* se encierra la explicación de su genio, con sus cualidades y sus deficiencias, con su universalidad y fecundidad asombrosas, con su intensidad relativamente escasa, con sus ráfagas de lucidez crítica y sus errores garrafales, con su inconsciencia del propio altísimo papel que estaba desempeñando, inconsciencia que le llevaba á renegar, en la más conocida y citada de sus producciones, de los triunfos bebidos en el puro raudal de la tradición patria, y á calificarse de *bárbaro* porque no seguía á Aristóteles al pie de la letra.

En mi concepto lleva razón don Agustín Durán cuando opina que el mejor título de Lope de Vega es haber abarcado y

comprendido las necesidades del espíritu nacional, uniendo el fondo de poesía popular y tradicional á toda la cantidad de ciencia académica y de cultura reflexiva que en su tiempo podían recibir y apropiarse las multitudes. Si hubo en la dramaturgia de Lope elementos exóticos, y si Calderón extremó más las tendencias de nuestra genialidad, dando la nota sobrealzada del honor y la teología, no por eso ha de negarse que Lope es la nave de la espléndida catedral, y el *poeta de la Inquisición*, su calada aguja.

En la biografía de Lope encontramos nuevos datos para conocerle, como sería bueno conocer á todo escritor para explicarse sus obras. Sabedores ya de los mínimos acaecimientos de la vida de Lope, comprendemos que su criterio moral es exactamente el de la sociedad donde vivió, y á la cual Lope no se adelanta ni en un ápice. Bien pudo Lope decir de sí, como un poeta español moderno: "Hijo soy de mi siglo.," La sociedad contemporánea de Lope entendía que los de-

litos más graves, que no tienen perdón en el cielo ni en la tierra, son los de *alta traición divina*: la heterodoxia y la incredulidad. Para los restantes, había las aguas purificadoras de la confesión; eran desfallecimientos propios de la flaca naturaleza, no pecados de soberbia satánica, que equiparan á la prole de Adán con la familia maldita de Luzbel. Convenía distinguir entre el pecador y el réprobo, y se podía ser gran pecador y á la vez creyente y devoto. A este tipo se ajustaba Lope. Ved aquí por qué, respetando como debo toda palabra de Menéndez Pelayo, supongo que si el *Fénix* no gozaba entre sus contemporáneos de gran prestigio moral, tampoco debió de ocurrírsele á nadie que le desprestigasen sus aventuras, ni las inevitables murmuraciones de los chismosos y las picantes sátiras de Góngora y Alarcón. Desde la sombra del confesonario, el fraile dueño de los secretos de su conciencia luchaba para contenerle; á veces suspendía la absolución—así consta de las propias cartas

de Lope—por ejemplo, con motivo de su tercería en obsequio al Duque de Sessa.— Pero la sociedad, al tanto de que Lope, vistiéndose ya los hábitos sacerdotales, apartaba á una esposa de su esposo, promovía un divorcio, se la llevaba á vivir consigo y agasajaba contra su pecho al fruto de tan ilícitas relaciones, no mostraba, por lo que se deduce de los documentos, ni horror ni escándalo.

¿Vale la pena de gastar tiempo en buscar paliativos á la conducta de Lope? No, si se tratase únicamente de excusarle ante los que confunden las virtudes privadas con los méritos públicos y eminentes; sí, para tratar de comprender mejor aquella personalidad típica y aquella dramática existencia de nuestra edad de oro literaria. En nuestros días, cuando el individualismo impera y nadie quiere ser, al menos de palabra, súbdito de nadie, lo que más subleva contra Lope, es aquel su perpetuo arrimarse á la sombra de algún gran magnate ó príncipe, ya *durmiendo como un perro* á los pies de su alumno

el marqués de Sarria, ya afiliado á la casa de Sessa en calidad de “esclavo notable.” Si lo miramos detenidamente, mordiendo más allá de esa corteza de fórmulas exageradamente respetuosas que empleaba el *Fénix*, no hay en Lope mayor sujeción ni parasitismo que, verbigracia, en los secretarios y adláteres de los personajes políticos de nuestra edad. Hasta juraría que, en su trato mutuo, el Duque y Lope no son el amo y el dependiente, sino los familiarísimos corresponsales *Berardo* y *Lucilo*; dos pastores académicos que discretean. A fe mía que le alabo el gusto al Duque de Sessa y á la aristocracia del siglo XVII, tan dada á proteger escritores y á recrearse con la miel de la inteligencia, como la actual á implantar en nuestra patria las aficiones hípicas.

Sobre la tercería y complacencias de Lope con el Duque, escribió don *José Ibero* una vindicación ingeniosa y razonada, que descarga bastante al *Fénix*, y á ella me remito. Por lo demás, era Lope en materias amorosas lo que hoy suele

llamarse un *temperamento*, siempre que no atribuyamos á esta palabra sentido groseramente fisiológico. Desde los albores de su juventud hasta la edad avanzada en que murió, ni se enfrió la sangre ni tuvo punto de reposo el corazón del *Fénix*. No es que le esclavizase invencible necesidad física, ni que la fatalidad del instinto se le impusiese como á los brutos: ni cabía semejante modo de sentir en el culto ingenio, la poética fantasía y la riquísima complexión intelectual¹ de un Lope. Enamoramientos fueron los suyos de toda el alma, que rindieron las potencias, arrastraron á los sentidos é inflamaron la imaginación, arrancándole chispas y lumbres. En suma, Lope era hombre, más que mujeriego, apasionado y propenso á idealizar y sublimizar la pasión. Esta propensión le hizo perpetuo juguete de la última calentura que le atacaba—siempre la más alta y ardiente de todas.—Diríase que una Venus maléfica, cual la de las leyendas alemanas, le había *fadado* al nacer, sujetándole á la in-

fluencia irresistible de un astro amatorio; cual si hubiesen condicionado su destino las circunstancias que presidieron á su generación y concepción, el abrazo de una esposa desesperada y ciega de celos y un esposo que aspira á borrar su infidelidad, su loco entusiasmo por una Elena española, tras de la cual se viniera á la corte abandonando su hogar montañoso. Lope escribía de sí propio á una poetisa peruana:

En fin, por celos soy: ¡qué nacimiento!
Imaginalde vos, que haber nacido
de tan inquieta causa, fué portento.

Perpetua inquietud que se comunicó á la vida afectiva de Lope, siempre agitada, siempre turbada por una mujer... cuando no por dos á un tiempo (inútil sería negarlo). *Marfisa*, la beldad terrible, cuya hermosura abrió sepulcro á su viejo marido; *Dorotea*, cuyas manos tan á menudo bañó el poeta con lágrimas, por no poder cubrirlas de diamantes; *Belisa*, la casta y tierna primer espo-

sa, la luz que se apagó en Alba; *Filis*, la rival que tantas desazones costó á *Belisa*; *Lucinda*, que sirvió al poeta de modelo para diseñar la belleza de la An-gélica fabulosa; y por fin, *Amarilis*, la postrera, la chispa que prendió en el tronco al parecer seco, rebosando en realidad savia viril, hasta el punto de que Lope, conociendo su mal, escribiese al Duque de Sessa: "Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve por alma y cuerpo de mujer..." ¡Qué de novelas en la vida de Lope, qué cantidad de *eterno femenino*, aun descontando los antojos de un día, las hembras fáciles, las comediantas, y las amistades cariñosas pero inocentes, con damas, con patronas, con poetisas elogiadas en el *Laurel de Apolo!* Lo que importa recordar, para discernir bien el metal con que había fundido Dios el espíritu de Lope, es que nunca se entregó sin combate, ni aceptó plácidamente, acorchada ya su conciencia de católico, el desorden moral de su vida. Si lo aceptase, sería uno de tantos vividores como

encontramos á cada paso, y descreído, ó escéptico siquiera. Repetidas veces, y en particular desde que los años templaron, sin extinguirlo, el hervor de la sangre, Lope intentó con la mayor sinceridad reformarse y morigerar sus costumbres. Con su primera mujer, doña Isabel de Urbina, casó enamorado, y propuso guardarle fe, que á permitirlo su condición, hiciéralo tan de verdad como lloró su muerte. Al enlace con la segunda, doña Juana de Guardo, le inclinaron, al parecer, más razones de conveniencia que de afecto; y no obstante, á su lado quiso saborear esa paz y dignidad doméstica que es corona de los años maduros, y cuya poesía y encanto comprendía Lope mejor que nadie. Pruébalo el cuadro encantador que trazó en *La Circe* de este género de dicha, página intimista deliciosa, de las raras en nuestra literatura. Libre el poeta "de las fortunas y las iras de tanto mar de amor," descansa en ver á su lado la honesta cara de su dulce esposa, y no teme que venga á llamar á

su puerta quien le robe la tranquilidad que posee. Sentado á su mesa de trabajo, con el cuidado, natural en escritor tan activo, de *alguna línea más*, emborriona, corrige, consulta sus libros, traza una escena ó lima una octava. Llámánle á comer, y, embebido en la porfía del estudio, tal vez se resiste con despecho á soltar el infolio ó la pluma. Pero llega correteando Carlillos, el niño, el alma del hogar, vestido el rostro de azucena y rosa, retozando como un cordero tierno, y *cualquier desatino mal formado de aquella media lengua* se le imagina al padre sentencia profundísima. Él coge de la mano á Lope y le lleva arrastro al comedor, y le sienta frente á la madre, que aguarda con los sencillos manjares prevenidos ya; y la familia comparte el pan de la felicidad más pura y serena.

Sin embargo, no corrieron bonancibles los años que duró el segundo enlace de Lope; y experto ya en que el matrimonio no era freno suficiente para contener su arrebató, al año de fallecer doña Juana

“de quien la vejez le había hecho galán,” resolvió entregarse nada menos que á todo un Dios, vistiendo hábitos sacerdotales. Él mismo nos refiere como, al adoptar determinación tan seria, pensó que entraba su nave en puerto seguro.

El ánimo dispuse al sacerdocio,
porque este asilo me defienda y guarde...
Dejé las galas que seglar vestía;
ordenéme, Amarilis; que importaba
el ordenarme á la desorden mía.

Contaba Lope á la sazón cincuenta y dos años. En tal edad, con obligaciones tan nuevas y sagradas, con un pasado tan borrascoso, de tal plenitud psíquica, diríase que era llegada la hora del sosiego, y que el *Fénix* no sería infiel á Cristo sino con las nueve hermanas de Helicon. Y efectivamente, por algún tiempo, mostró firme enmienda y rigurosa observancia de sus votos. Lo prueba aquella enérgica protesta, dirigida á su “Mecenas y dueño,” el Duque, al año siguiente de haber cantado misa. “Plegue á Dios, señor, que si después de mi hábito he conocido

mujer deshonestamente, que el mismo que tomo en mis indignas manos me quite la vida sin confesión antes que ésta llegue á manos de Vuestra Excelencia.,,

¿Cuánto tiempo transcurrió entre la manifestación de sentimientos tan loables y la nueva caída, más que ninguna profunda? La protesta es de 1615, y el 12 de Agosto de 1617 venía al mundo la niña Antonia Clara, fruto de los amoríos de Lope con *Amarilis*, en el mundo de la prosa doña Marta de Nevarés Santoyo, mujer de Roque Hernández de Ayala. Fué muy largo y recio el trance de la señora Amarilis, y no cortas las angustias que Lope sufrió, hasta el extremo de que afirmase ser mayores los dolores de su alma que los del cuerpo de la ninfa. Con todo eso metido hasta el cuello en tan humanísimos y profanísimos cuidados, Lope no puede ensordecer completamente á la voz de arriba. Escuchemos su sentida exclamación: “¡Mal haya amor que se quiere oponer al cielo!,,

¿Era Lope un detestable mojigato

cuando parecía fluctuar entre el deber y la pasión sacrílega; cuando poco tiempo después publicaba sus *Triunfos de la fe en los reinos del Japón*, ó cuando tomaba parte activísima en las fiestas de la beatificación de San Isidro; cuando visitaba “todos los días por devoción y los sábados por voto,, el santuario de Atocha; cuando rimaba los *Triunfos divinos* y los *Soliloquios amorosos de un alma á Dios*, monumento de su contrición y amargura por haberle ofendido? ¡Cuán topo sería quien no percibiese la índole de aquella alma de fuego, tan española, tan católica, tan del siglo XVII! Por eso dije y repetiré que Lope, en sus errores como en sus grandezas y excelencias, me parece exacta representación del estado intelectual y social que Menéndez Pelayo califica de *democracia frailuna*, y cuya nota más aguda y vibrante, en el drama novelesco, vino á exhalar Calderón de la Barca.

Gloria inmarcesible sin es duda la de Lope; mas aún existe otra superior, y es

representar, á la vez que su época, todas las venideras; adelantarse á su siglo y constituirse precursor de los demás, vertiendo luz sobre las futuras generaciones; ostentar la marca genuina y castiza de su nación, y ser, no obstante, oráculo y pasmo de las restantes. Aquí estriba la superioridad de aquel Cervantes menesteroso, tan desdeñado por el *Fénix*. Y no se queje ningún devoto de Lope: que su edad sólo conoció, en el orden literario, dos genios que pudiesen volar más alto que él: el autor del *Quijote* y el de *Hamleto*.

Entre Lope y Calderón puede quedar el pleito indeciso. Menéndez Pelayo, cuando otorgó la palma á Calderón sobre todos los dramáticos españoles, aún no sospechaba que Lope fuese el verdadero autor de la joya que se llama *El Alcalde de Zalamea*. Así y todo, nota con razón el injusto exclusivismo de la crítica alemana, al compendiar en el creador de *Segismundo* nuestro Teatro. Aca-so la edición monumental de Lope, que

la Academia inicia con la *Nueva Biografía*, contribuya á que los eruditos germánicos se hagan cargo de que en el teatro español hay más de un semidiós, y más de dos también, si otorgamos á Tirso el lugar que pocos ya le regatean.

Viniendo á la nueva Biografía, me parece que le estaba mejor su primitivo título de *Crónica biográfica y bibliográfica*. Inmenso repertorio de datos y noticias, clasificadas con orden riguroso y recogidas con exquisita diligencia; tesoro para la curiosidad, arsenal para la historia de las costumbres, la obra apreciableísima y digna de todo encomio del señor La Barrera no es lo que hoy se entiende por biografía. Felizmente dice Gladstone, hablando de una *Vida* de lord Macaulay: "El buen pintor de retratos históricos y el biógrafo verdadero han menester cierta facultad casi dramática: la de saber representar la personalidad... En una biografía, lo primero que se busca y lo que más rara vez se halla, pese á la etimología, es *vida*. El biógrafo ha de realizar

aquel mito del divino escudo de Aquiles, donde se veía á las figuras, aunque fabricadas de metal, moverse, pugnar, retroceder y retirar del combate los cuerpos de los heridos.,,

Ya entiendo que el cronista de Lope no se propuso pintar retrato propiamente dicho, ni infundirle esa vida misteriosa del arte á que alude Gladstone. No hay, pues, razón para dirigirle cargos, sino para declarar que el libro, *en su género*, merece toda clase de alabanzas y será perpetuamente consultado y venerado. Claro que si Menéndez Pelayo fuese el autor, tendríamos la miel sobre las hojuelas, la erudición á mares y la crítica y el gusto en raudal limpio y sabroso. Menéndez Pelayo no calificaría á Cervantes de *distinguido escritor...* Pero á un lado quisquillas; en resumen, impone estimación la obra de la Barrera. Aprovechando el filón de datos que contiene, puede considerarse á Lope bajo muy diversos aspectos, y de ellos elegí, por parecerme curioso, el de la yuxtaposi-

ción de sus desatados devaneos y su robusta fe.

El libro lleva, á guisa de prefacio, y por voluntad expresa del biógrafo, el artículo de D. Agustín Durán, sobre la poesía popular y el drama novelesco. Siguen los dieciocho macizos capítulos de la *Crónica*, ilustrados con tal copia de notas, que á veces se comen el texto: luego, en apéndice, las "Noticias que acerca del carácter, de las costumbres, opinión y fama de Lope de Vega Carpio, han escrito sus antiguos biógrafos y panegiristas;," campeando en primer término Pérez de Montalbán y su *Fama póstuma*. En pos viene la iconografía de Lope (lástima que no sea iconografía de verdad, con láminas) donde se reseñan todas las pinturas, esculturas, grabados, estampas, dibujos, que reprodujeron la melancólica, avellanada y española faz de Lope. Añádense varios documentos, verbigracia el testamento de la segunda esposa de Lope; un índice analítico, hilo de Ariadna para orientarse en el laberinto de tan frondosa

biografía, y un nutrido índice bibliográfico (de las obras no dramáticas solamente). Con él finaliza la ímproba labor del señor La Barrera.

Menéndez Pelayo, cuya mano preciosa anda en todo monumento de ciencia literaria, es autor de las *Adiciones á la Biografía*, en que, conformándose al método del autor, dejó á los documentos que hablen por sí, ciñéndose á muy breves comentarios. Estos documentos inestimables, á quienes cede la palabra el ilustre autor de *La Ciencia española*, son las 147 cartas autógrafas del *Fénix* no examinadas por La Barrera, propiedad del marqués de Pidal y por éste facilitadas á la Academia Española con el fin de enriquecer la magna edición de Lope. ¿Cartas dije? No; por desgracia son únicamente extractos de ellas los que en el libro figuran. Mucho fío (todo cuanto merece) en el gusto y acierto de Menéndez Pelayo para desnatar esa colección; consta al público su criterio respecto á los fueros de la incorrupta verdad; y así y todo, pre-

feriría—y lo preferirán conmigo muchos curiosos—que se hubiesen publicado las cartas íntegras; que se desestancase esa riqueza gozada solamente de unos pocos: el Epistolario de Lope. ¿Quién sabe si respetos de muy diversa índole habrán obligado á Menéndez Pelayo á suprimir algo de lo más sustancioso de las cartas? No digo que sucediese; pero, en fin, con este método cabe la sospecha.

No me propuse dar aquí el índice completo del tomo, y quiero dejar al lector que espigue alguna sorpresa agradable en las mismas adiciones. El libro es de elevado precio; escasa la lista de sus suscritores, y quizás hago obra meritoria divulgando su aparición é indicando someramente lo que en él más interesa. Juzgando por mí misma, he creído que lo importante en un libro de este género es la apreciación definitiva, la impresión que nos produce en el alma el carácter del héroe. Para definir bien esta impresión en mí, me serviré de una imagen. Me figuro que el Sr. La Barrera

descorre una cortina y me descubre un bulto de escultura que representa á Lope. El bulto tiene la cabeza incrustada de diamantes, pedrería y gemas; el corazón es un rubí incandescente; el pecho, trabajado en plata; el tronco y extremidades, de cobre y arcilla; las manos, de oro puro. Yo reconozco la diversidad de componentes, y alguno lo tengo por ínfimo; pero el misterioso bulto está forjado con artificio tal, que, á poco de mirarlo, observo que su materia se funde y unifica; lo veo animarse, respirar, vivir con vida desatada, febril, creadora. Y en un transporte de entusiasmo, digo inclinándome: "Esto es más que una estatua; esto es un ser humano, y uno de los que honran á la humanidad, por llevar en sí patente la chispa del sacro fuego."



EL ESTRENO DE ECHEGARAY